

# Billiooteca Films

DOS SEGUNDOS

NUM.

493

25

CTS



Edward G. Robinson - Vivienne Osborne

# BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO:  
RAMÓN SALA VERDAGUER

EDITORIAL  
"ALAS"

REDACCION ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:  
Calle de Valencia, 234 - Apartado Correos 707 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS  
Sdad. Círal. Española de Librería - Barbará, 14 y 16 - Barcelona

AÑO IX APARECE LOS MARTES NÚM. 493

## DOS SEGUNDOS

Adaptación novelada de la película del mismo  
título, interpretada por el gran actor trágico

**EDWARD J. ROBINSON**

Narración de HARRY BALTYMORE

P R O D U C C I Ó N

*First National Pictures*

*Paseo de Gracia, 77* Barcelona

### REPARTO

|                   |                    |
|-------------------|--------------------|
| Allen . . . . .   | EDWARD J. ROBINSON |
| Shirley . . . . . | Vivienne Osborne   |
| Bud . . . . .     | Guy Kibbes         |
| Annie. . . . .    | Adrienne Dore      |

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

## PRIMERA PARTE

En el patio de la prisión estaba todo preparado para ejecutar a un condenado a muerte. Se trataba de Allen Dorvan, cuyo proceso, por lo corriente, apenas si había llamado la atención pública.

Minutos antes de la ejecución se hallaban varios periodistas dispuestos a presenciar la ejecución y el jefe de la prisión les recomendó nuevamente:

—Recuerden que está prohibido sacar fotografías de la ejecución, y suceda lo que suceda, hable quien hable, permanezcan tranquilos en sus puestos. Si Allen les hablara, no le contesten.

—Eso me parece injusto e inhumano—respondió un joven que estaba en el grupo de los periodistas.

—Usted cállese — volvió a decirle el jefe de la prisión.

—Pero ¿por qué no hemos de contestarle, si nos pregunta algo? — insistió el muchacho nuevamente.

Uno de los periodistas se volvió a él y mirándolo extrañado le preguntó:

—¿A qué ha venido usted aquí, joven?

—El catedrático de sociología me designó para emitir un informe a la clase sobre la ejecución de la pena de muerte.

—¿Es usted estudiante? — exclamó sonriendo otro periodista —. Pues se va usted a divertir de lo lindo.

El muchacho se dirigió entonces al médico de la prisión y le preguntó:

—¿Por qué no debemos contestar a Allen, doctor?

—Porque en estos momentos — le explicó el galeno — lo único que sostiene a Allen es la fuerza nerviosa. Una respuesta podría provocar en él un ataque histérico.

—¿Y cuánto durará después de que le apliquen la corriente?

—¿Antes de certificar su muerte? — preguntó el doctor.

—No, antes de... que esté realmente muerto — respondió el estudiante.

—Aunque el corazón quede paralizado — le explicó el doctor — el cerebro continuará funcionando unos dos segundos... Serán los dos segundos más largos de su vida y en ellos revivirá su vida entera.

El ruido de unas puertas que se abrían hizo callar al doctor e inmediatamente, acom-

pañado por unos guardias, apareció Allen Dorvan.

Era un hombre de baja estatura, de ojos vivos y curiosos, que miraron a todos los reunidos, como extrañado de que se hallasen allí. Su frente amplia y despejada no ofrecía la fisonomía característica del criminal, y su presencia, en vez de producir animadversión, excitaba a la compasión y a la simpatía.

Sin decir palabra miró a la silla eléctrica y se dirigió con paso seguro hacia ella, demostrando un temperamento energico y un valor inconsciente.

Apenas se sentó, el verdugo aplicó la corriente y el cuerpo del reo tuvo una sacudida, quedando sus manos agarrotadas. La ejecución había terminado, la vida de un hombre quedaba suprimida, pero no el funcionamiento de su cerebro, que durante el tiempo de dos segundos, como había dicho el doctor, en fantástico retroceso de los hechos lo reconstituyó vertiginosamente.

Se vió subido a uno de los rascacielos neoyorquinos, trabajando con su íntimo amigo Bud. Acabó de hacer un taladro en una viga y dirigiéndose a su compañero le preguntó:

—¿Tienes un destornillador?

Bud se acercó a él para darle la herramienta que le pedía, y mientras que Allen trabajaba con ella, se sentaron sobre la misma viga y Bud le dijo:

—Quiero hoy acabar a las cinco para irnos de fiesta.

—Pues esta noche no te acompañó, Bud— exclamó Allen.

Su amigo lo miró sonriente y le preguntó bromeando:

—¿Sabes lo que pienso?... Pues que me parece que te estás volviendo algo orgulloso, Allen.

—No es eso — protestó el otro —. Es que no sé qué compañera me traerá Annie y no quiero comprometerme antes de verla.

—Descuida — le dijo Bud —; Annie ya sabe que eres exigente y procurará que tu compañera sea de tu gusto.

—Pues la otra noche me trajo aquella gorda que me parecía que llevaba un baúl del brazo.

—Es que me ha dicho que ha invitado a otra... Claro que de una lavandería no sacará ninguna Venus... Tienes la cabeza llena de pájaros, Allen.

Allen miró hacia la calle y exclamó seriamente:

—Es que el trabajar a veinte pisos de altura le llena a uno la cabeza de ideas. Mira allá abajo, ¿ves a toda esa gente que parece un puñado de moscas caminando sin rumbo fijo?... Pues son banqueros, mujeres bonitas, empleados... Y todos se creen importan-

tes. ¡Cómo se debe reir Dios del mundo que dice que hizo!

Su amigo lo miró seriamente y exclamó:

—Allen, déjate de bromas con Dios, cuando estés sobre una viga a veinte pisos de altura... Nunca te oí hablar como hoy... Me asustas con esas rarezas. Cualquier día estoy viendo que te da la manía por gastar el dinero en libretos.

—¿Crees que estaría mal que lo hiciera?

—Mientras estés conmigo no te dejaré hacerlo... A nosotros no nos hace falta tanta instrucción.

—Pus la mujer con quien me case—volvió a decirle Allen—, ha de ser instruída, porque basta con que en el matrimonio haya un ignorante.

Bud, que era muchacho alegre y optimista, se echó a reir de las palabras de su amigo y exclamó finalmente:

—Mira, déjate de manías, propias de gente de libros... Nosotros no tenemos tiempo para otra cosa que para pensar hasta dónde podemos propasarnos con las mujeres.

Silbó el pito de la obra, anunciando que había llegado el momento de dar de mano en el trabajo y los dos amigos se fueron hacia la casa que tenían alquilada en compañía.

Se quitaron las ropas del trabajo y cuando ya estaban casi listos para salir, sonó el timbre

7  
del teléfono y Bud se puso al aparato, dejó el auricular y exclamó alegramente:

—Gané treinta y ocho dólares, Allen. Mi caballo llegó tercero... Esta noche los gastaremos con las amigas.

—¿Y por qué esa prisa en gastarlos?—preguntó sorprendido Allen.

—Porque el dinero ganado fácilmente hay que gastarlo pronto... Da buena suerte. Antes nos compraremos camisas y corbatas de seda. Lo que sobre lo gastaremos en divertirnos.

Salieron al fin a la calle y cuando estaban a la puerta de una academia pública de baile, Bud se fijó en dos muchachas que pasaron junto a ellos y exclamó:

—Buen par de hembras, Allen... Si no hubiéramos avisado a Annie para que viniese esta noche, las invitaba.

Allen le recriminó amigablemente por aquel pensamiento diciéndole:

—Tu novia vale mucho más que estas... ¿Sabe Dios quienes serán?

Se acercó a ellos en aquel instante el corredor de apuestas para entregar la ganancia a Bud, y le preguntó:

—¿Quiere apostar en la de mañana?... Sé de un ganador seguro...

Bud miró a las muchachas que se habían detenido en un escaparate próximo, sin duda esperando que le dijesen algo aquellos mu-

chachos, y recogiendo el dinero que le entregaba el corredor, le dijo:

—Esta vez no jugaré nada... Necesito este dinero...

—Me alegra que no hayas jugado—exclamó Allen, cuando se hubo marchado el corredor—. Ya era hora que dejaras de darle de comer a ese vago...

—Mira, Allen—le dijo Bud, sin responder al comentario de su amigo—, tú esperarás aquí a Annie, y cuando venga le dices que me sentí algo indisposto...

—Pero, hombre—protestó su amigo, sin poder detener a Bud, que ya se había acercado a las jóvenes del escaparate y les propuso:

—¿Iban a cenar a alguna parte?

—Al Astor—respondió una de ellas, indicando uno de los sitios más elegantes.

—¿Y no les daría lo mismo a otro sitio de menos lujo?—preguntó sonriendo Bud.

—Por nosotras no hay inconveniente—respondió la otra muchacha.

—Pues yo las invito—siguió diciéndoles Bud—. Pero nada de caprichos que cuesten mucha plata... Unas copas... baile... y una cenita en reservado... ¿Gusta el programa?

—Por mí conforme—respondió la que primeramente había hablado, quien fijándose en el compañero de Bud— le preguntó:

—¿Y su ayudante de campo, no viene?

—Se reunirá después con nosotros—respondió el muchacho—. Voy a decírselo y ahora vuelvo.

Una de las jóvenes se volvió a su amiga y le dijo alegremente:

—Me parece que cenamos esta noche.

Bud se acercó a su amigo y le dió a conocer el plan que había preparado, protestando Allen de aquella informalidad diciéndole:

—Eso no está bien, Bud. Estamos comprometidos con las otras.

—Déjate de pamplinas—exclamó Bud—. Les dices que tienes que hablar por teléfono y desaparece...

Pero en aquel instante, aparecieron Annie y su amiga, la gorda de la noche anterior, y Allen exclamó sobresaltado:

Allí viene Annie... Viene con la gorda y yo no la aguento.

Y antes de que las muchachas pudieran llegar a ellos, Allen se metió en la academia de baile, mientras que Bud se cogía del brazo de su novia, poco después, y pasaba por delante las otras chicas que lo esperaban diciéndoles en voz baja:

—No hay nada de lo dicho.

## SEGUNDA PARTE

La academia donde había entrado Allen, era uno de esos lugares en los que bajo el protepto del baile, se ocultan la lujuria y el desenfreno sexual de los que allí se reúnen. Cierto que algunas de las pobres chicas que tienen que bailar son muchachas a quienes la necesidad les obliga acudir a aquel lugar para ganarse la vida bailando a un tanto por ciento la pieza.

Entre las que había allí, una de ellas, mujer de una belleza extraordinaria, tenía nombre de ser una de las chicas más decentes, sin que jamás se dejase manosear por los bailarines. Casi todas las noches se peleaba con dos o tres clientes y poco antes de entrar Allen acababa de separarse de su pareja diciéndole indignada:

—¿Se ha creído usted que está en su casa, para tocar todo lo que le da la gana?

—¡Yo pago para bailar!—exclamó el individuo enseñándole los tiquets que había comprado y que le daban derecho a exigir pareja.



—¿Es la primera vez que viene aquí?

—Para bailar bueno, pero no para tocar...  
¿Se cree usted que soy una guitarra?

El dueño del establecimiento, que sentía cierta predilección por aquella muchacha, intervino reconciliador y el dijo:

—No hagas caso, Shirley, y vuelve al salón.

La muchacha volvió a entrar nuevamente en la pista de baile, en el mismo momento que también lo hacía Allen. Este sin fijarse en ella, se cogió a la joven para bailar y al poco de empezar, Shirley le dijo:

—Usted baila muy bien.  
 —Pues usted no lo hace mal tampoco.  
 —La práctica de estar todas las noches bailando—respondió con cierta tristeza Shirley.  
 —¿Y tienen que bailar con todo el mundo?—preguntó Allen, fijándose en la belleza de la muchacha—. Debe ser muy duro dejarse manosear por tantos hombres.  
 —Conmigo no se atreven—respondió Shirley—. Sé defenderme contra los groseros...  
 La muchacha se dió cuenta de que aquel hombre era un novato y le preguntó:  
 —¿Es la primera vez que viene aquí?  
 —Sí, vine por primera vez y por casualidad...  
 Siguieron bailando y Allen, cada vez más entusiasmado por los modales de su compañera, le dijo:  
 —Usted parece demasiado fina para trabajar en este lugar...  
 Shirley sonrió ante el comentario de Allen y preguntó burlonamente:  
 —¿Piensa sacarme de este ambiente y meterme en el coro de algún teatro?  
 —¿Yo?... ¿Por qué?—preguntó sorprendido Allen.  
 —Porque sería usted el primero que no me lo ofreciese... Algunos hasta me brindan un pisito amueblado.  
 —¿Y usted no les hace caso?  
 Shirley había adivinado, con ese instinto

propio de la mujer de su clase, la clase de individuo con quien trataba y pensando sacar el mayor provecho posible de su superioridad, le respondió:

—Yo tengo ambiciones de llegar a ser algo más...

Terminó la música y al empezar Shirley le dijo:

—¿Seguimos bailando?

—Bueno—respondió Allen—, pero se me han acabado los tiquets. Comprare más.

Se separó de ella para ir en busca de los tiquets que le daban derecho a bailar y al mismo tiempo entró otro cliente, que invitó a Shirley a bailar. Esta pretendió evadirse y el individuo le dijo groseramente:

—¿Desde cuándo hay pareja reservada aquí?

Shirley, comprendiendo que toda la razón estaba de parte del cliente, no tuvo más remedio que bailar con él y cuando entró Allen se la encontró ya acaparada.

Esperó a que terminase aquel baile, pero antes del final, el individuo que bailaba con Shirley, pretendió hacer ciertas exploraciones en el cuerpo de la joven y ésta lo rechazó violentamente, dándole una bofetada. Se armó el consiguiente tumulto y la muchacha exclamó:

—Este tío, se ha querido proposar conmigo.



- Ella no tiene la culpa de esto.

—¡Ni que fuieras la reina de Babilonia, niña! —respondió despectivamente el otro.

Allen, al ver como ofendía a aquella mujer, no pudo contener sus ímpetus caballerescos y le dió un puñetazo al sujeto que cayó por tierra sin conocimiento.

El encargado del establecimiento se dirigió indignado a Shirley y le dijo:

—¡Vete de aquí y no vuelvas más!

—Ella no tiene la culpa de esto—intervino Allen.

Pero el encargado sabía las consecuencias que podría traer aquel escándalo y para evitarlas les dijo:

—Váyanse antes de que venga la policía.

Y dirigiéndose a los músicos que habían cesado de tocar, les gritó:

—¡Música!... Venga, señores, no ha ocurrido nada... Pueden continuar bailando...

---

## Las mejores

narraciones cinematográficas, solamente las encontrará usted en

**EDICIONES  
BIBLIOTECA FILMS**

Precio:  
**UNA pta.**

### TERCERA PARTE

Allen y Shirley fueron a terminar la velada en otro restaurant y mientras cenaban, la muchacha miró agradecida a su compañero y le dijo:

—No sé cómo agradecerle lo que ha hecho por mí.

—Lo hubiera hecho por cualquier otra mujer—respondió Allen—. Los hombres se creen con derecho a propasarse con ustedes... Usted no debía trabajar ahí.

—No tengo más remedio—respondió la joven—; pero todas mis compañeras saben que soy honrada. Necesito lo que ahí gano para sostener a mis padres... Los pobres están enfermos y necesitan estar en el campo... ¿Y usted en qué trabaja?

—Yo soy remachador—respondió Allen—. Trabajo en los rascacielos.

—¿Y gana mucho?—preguntó Shirley, sin dejar vislumbrar el interés que para ella tenía aquella pregunta.

—Sesenta y dos dólares semanales—respondió Allen—. Más que gana un catedrático.

—Pero un remachador es más importante que un maestro—le dijo Shirley, queriendo halagar la vanidad de su compañero.

—No lo creo—exclamó convencido Allen. —La instrucción es mucho más importante.

Y tanto habló de la instrucción y de sus provechos, que Shirley comprendió pronto cual era la manía de aquel hombre. Acomodándose a las circunstancias y con la perspicacia propia de las mujeres de su clase le dijo finalmente:

—Yo tengo bastante instrucción. Estudié un año de escuela superior, pero tuve que dejarlo por la enfermedad de mis padres.

—Eso es doloroso—se lamentó Allen—. Yo siento no haber podido ir a la escuela.

—Tenía pensado ir a una academia comercial—siguió diciéndole Shirley—. Por eso trabajaba ahí de noche, para tener tiempo de día.

—¿Y ahora ya no la admitirán?—preguntó Allen.

—Después de lo que ha pasado, tendré que buscarme trabajo en otra parte... tal vez en algún sitio peor.

Allen deseando auxiliar a la joven en lo que pudiera, le dijo:

—Annie, la novia de mi amigo, podría conseguirle trabajo en una fábrica de cajas.

Pero a Shirley, lo que menos le importaba era el sitio donde tenía que ir a trabajar, con

tal de que este trabajo fuera igual al que había dejado y para no infundir sospechas en su amigo, le respondió excusándose:

—No tendría entonces tiempo para estudiar... Procuraré hablar con el dueño de la academia de baile...

—Y los hombres volverán a propasarse con usted—exclamó Allen—. A veces es malo ser tan bonita.

—¿Cree usted que soy bonita?—preguntó coquetamente Shirley.

—Desde el primer momento me di cuenta de ello—respondió riendo Allen.

Shirley lo miró fijamente, pretendiendo fascinarlo en aquella mirada y le dijo persuasiva:

—No se propasarían si usted estuviera para protegerme... Además, podría ayudarme también mientras estudio...

Allen, que no adivinaba la ayuda que le pedía la muchacha, creyó de buena fe que se trataba precisamente de sus estudios y respondió rápidamente:

—Yo no sé nada de libros.

—Pues podríamos estudiar juntos... Yo te enseñaría.

—¡Encantado! — exclamó alegremente Allen, pensando que por fin iba a realizar uno de sus sueños más acariciados.

Pasaron los días y la coquetería de Shirley consiguieron adueñarse de la voluntad



—Tú eres una buena muchacha, pero no sirves para mí.

de Allen, que esperaba impaciente todos los días la llegada de la noche para correr en busca de la muchacha. Bud, que había vigilado los pasos de su amigo, adivinó que aquella Shirley era una pájara de cuenta y cuando una noche estaba arreglándose su amigo para salir en busca de ella, le dijo:

—No te gustaban las mujeres decentes que te traía Annie y ahora te has encaprichado de esa. ¿Tú eres el que considerabas a las mujeres como moscas?

—Shirley es diferentes a las demás—protestó Allen.

—¡Es una maestracha de baile!... ¡Una cualquiera!

—¡Shirley es una mujer decente!—exclamó irritado su amigo.

—¿Cuánto te ha costado ya?—le preguntó Bud, que conocía más que su amigo a las mujeres.

—Nada—respondió Allen—. Le ofrecí diez dólares cuando se quedó sin trabajo y los rehusó.

—Entonces es que piensa quedarse con tu cheque semanal.

Allen miró a su amigo fijamente y al fin sonriendo le dijo:

—Ya ves cómo no me interesa esa mujer. De lo contrario ese juicio tuyo me ofendería. Lo único que pasa es que Shirley es muy inteligente. Va todos los días a una academia...

—Sí, ya sé que es más lista de lo que parece—murmuró su amigo—. Se ha dado cuenta de tu manía por la instrucción y quiere ganarte por ese lado.

—Esas son manías que se te han metido en la cabeza—terminó diciendo su amigo, desde la puerta, dispuesto a marcharse.

Bud lo despidió y volvió a decirle:

—Ten cuidado con la academia ...“alumno”.

#### CUARTA PARTE

Lo que nunca había hecho Allen, Shirley lo había conseguido al poco tiempo de conocerlo, y era el que concurriese a los cabarets y a los sitios donde se bebía. La muchacha tenía un plan y estaba dispuesta a llevarlo a cabo. Consistía en casarse con Allen y aprovechar la buena semana que ganaba para vivir espléndidamente.

Una de las noches, en las que Shirley había llevado a su amigo a un cabaret, éste estaba embriagado y la joven volvió a llenarle el vaso de bebida, haciendo que él protestara diciendo:

—No quiero beber más.

—No te apures—respondió ella irónicamente—, yo lo pagaré. Así no te arruinarás.

—No lo hago por lo que cuesta—respondió él—, es que no me gusta la bebida.

Pero ella con sus caricias y su coquetería fué haciéndole beber hasta que lo tuvo completamente borracho y Allen le dijo:

—Tú eres una buena muchacha, pero no sirves para mí.

—Lo que pasa es que no te gusto—respondió ella medio llorando.

—Gustarme sí me gustas... ya lo creo que me gustas... Dame un beso.

Shirley dejó que la besara y cuando estuvo convencida que estaba en un estado de completa inconsciencia lo sacó del cabaret, lo metió en un taxi y lo llevó a un juzgado para casarse con él.

Allen se sentó en un sillón, sin darse cuenta de lo que pasaba y cuando el encargado de la oficina extendió el acta, le preguntó:

—¿Acepta usted por esposa a Shirley Day?

La muchacha le entregó un billete y le dijo:

—Esto reemplaza a la respuesta que no ha podido darle.

El encargado del registro le hizo firmar, llevándole él mismo la mano y de aquella forma Allen se encontró casado con una mujer a quien nunca habría tomado por esposa.

Media hora después llegaban a la casa de Allen y éste se la presentó a su amigo diciéndole, en completo estado de embriaguez:

—Mira, traje a Shirley conmigo.

—La patrona no te lo consentirá—exclamó asombrado Bud. Y dirigiéndose a ella le dijo energicamente:

—¿Para qué ha venido?... ¿Para obligarla luego a que se case con usted?

—Yo no voy a casarme con ella, ni con nadie — gritó Allen, arrojándose sobre la cama.

—No quiero comprometerle a nada—respondió cinicamente ella—, porque ya estamos casados.

Allen había quedado dormido, tal y como había caído en la cama y Shirley acercándose a Bud, pretendió ganar su confianza diciéndole coquetamente:

—¿Por qué se enoja así?

—Porque Allen es un buen muchacho. Usted se dió cuenta de que perdía la cabeza con la bebida y le ha obligado a beber para poderse casar con él...

—Seamos amigos—le dijo ella insinuante.

—Yo seré buena con él...

—Si se hubiera casado voluntariamente no me importaría—replicó Bud—, pero usted lo ha engañado...

Shirley, viendo que nada podía contra aquél hombre, se desenmascaró y apareció tal como era ella, diciéndole cinicamente:

—Pues quiera o no, soy su esposa. Puede usted marcharse que me voy a acostar.

Y sin preocuparse el que estuviera allí otro hombre, empezó a desnudarse, mientras que Bud salía de la habitación diciendo:

—Valiente pelleja te has traído, amigo mío!

Desde aquella noche, Bud rehuía toda ocasión de entablar conversación con su amigo, hasta que una tarde, cuando estaban traba-

jando en un rascacielo, Allen se acercó a él diciéndole:

—¿Todavía estás enojado conmigo?

—Contigo, no—respondió Bud—; pero con esa mujer que te has echado por esposa, sí.

—Déjala en paz—respondió Allen—. Después de todo es mi mujer y tengo que aguantarla, quiera o no. No puedo abandonarla.

—Y tú crees que la mujer de un obrero como nosotros, necesita camisas de seda?

—No puedes negar que le tienes odio—respondió Allen.

—Es verdad—confesó Bud—. La odio porque tú eres un hombre de oro y ella es una perdida... Esa nació mala y nunca podrá ser buena.

—En cuestión de hombres es honrada—comentó Allen.

—¿Tú sabes dónde se va todas las tardes? —le preguntó Bud.

—Al cine—respondió Allen.

—¿Al cine?... Di más bien a la academia de baile...

Allen sintió como si recibiera un latigazo en el rostro y sin saber lo que hacía levantó la mano como para pegar a su amigo. Este dió un paso atrás, para evitar el golpe, le faltó apoyo y cayó a la calle desde un piso veinte.

La impresión que causó en Allen la muerte de su amigo fué tan enorme, que lo im-

posibilitó de seguir trabajando. Le tenía miedo a las alturas y escondiérase en su casa atacado por unos ataques nerviosos, cuyas crisis eran aun más dolorosas.

Los escasos ahorros se acabaron a los dos días y Shirley empezó a demostrar a su esposo que era verdad cuanto su amigo le había dicho antes de morir. A pesar de no trabajar él, su mujer seguía vistiéndo con igual lujo y su conducta se hacía cada vez más sospechosa.

Las discusiones eran continuas y el pobre hombre veía como iba dominándolo aquella mujer que no tenía ni un gesto de commiseración para la tragedia en que estaba sumida su alma. Todo el sentimiento egoísta de ella se mostraba sin fingimientos de ninguna clase y Allen se dolía constantemente haciéndole débiles reproches. En uno de estos momentos ella se encaró con él y le dijo:

—En vez de reprocharme, debes trabajar en tu oficio.

—Ya he probado y no puedo—respondió desesperado él—. Siento vértigos y no puedo sostenerme...

—Entonces seré yo la que gane para los dos—le dijo descaradamente Shirley—. Cómo se reirán las compañeras viéndome sostener a mi marido...

—Shirley—le suplicó Allen—. Ten com-



- Seré yo la que gane para los dos.

pasión de mí... Todo pasará... ¡Tú no sabes lo que es subir a la viga de un rascacielo...

Ella lo miró indiferente y despectivamente contestó:

—No sé para qué quieres vivir ... ¿No tienes asegurada la vida?

La discusión quedó cortada por la entrada de la portera que se encaró con ellos diciéndoles:

—La dueña dice que les quitará el cuarto porque no lo han pagado.

—¡Dígale a la dueña que suba! — exclamó indignada Shirley.

Cuando quedaron solos, Allen le dijo:

—Prepara la mudanza, qué esa mujer tiene razón.

—¡No nos mudaremos! — exclamó Shirley, sacando un fajo de billetes —. Le pagaré.

—¿De dónde has sacado eso? — preguntó indignado.

—Lo pedí prestado a Tony... el dueño de la academia de baile... Es un anticipo. Voy a bailar otra vez en el salón...

—¡Eso es mentira! — exclamó indignado Allen —. ¡Ese dinero no puede ser de nada honrado!... ¡No puedes conservar ese dinero!

—No te he preguntado lo que debo hacer con él — respondió con indiferencia Shirley —. Más de una proposición he rechazado para seguir sufriendo a tu lado esta miseria...

Llamaron a la puerta y Shirley sospechando que sería la dueña del piso le entregó el dinero a su marido diciéndole:

—Aquí tienes el dinero del alquiler.

Cuando entró la dueña, Shirley, a pesar de sentir que aquel dinero le quemaba las manos, se lo entregó a la dueña y al volver a quedar solos le dijo a su mujer:

—¡Quítate esa ropa!

—¿Por qué? — preguntó ella coquetean-  
do —. Quiero que vean las otras compañeras que me va muy bien en el matrimonio.



- ¡No vuelvas por esa casa!

—¡Si vas a pregonar lo que eres—exclamó indignado él—, no vuelvas por esta casa!

—La casa la pago yo y tengo derecho a vivir en ella—respondió cínicamente Shirley, saliendo del piso y cerrando de un portazo.

Allen, a medida que pasaban los días iba sintiéndose más humillado por aquella mujer que abusaba de la imposibilidad que se hallaba para trabajar. Comprendió que su vergüenza era inevitable y el dinero que cogía de ella le abochornaba adivinando su procedencia inicua.

Aquel estado de cosas, aquella burla constante y aquel desprecio de su mujer, continuó hasta que un día se presentó en su casa el corredor de apuestas y le dijo alegremente:

—¡Ha tenido suerte, ha ganado usted bastante para salir de apuros!... Con esto pagará todas esas deudas de que me habló.

Allen lo miró nerviosamente y exclamó:

—Todas las deudas las tengo apuntadas. Ni un solo dólar dejaré de pagar.

Sacó una lista en la que había ido anotando todo el dinero que su mujer le había entregado y sumó el importe.

Tan nervioso estaba que el corredor no pudo menos que decirle:

—Serénese, amigo... No debe alterarse de esa forma...

—Lleva usted razón — exclamó Allen —, debo serenarme, porque tengo muchas cosas que hacer... Con este dinero que es mío, solamente mío, quedaré en libertad...

El corredor, sin poder comprender las palabras de aquel individuo, volvió a salir de la casa, mientras que Allen se vestía precipitadamente.

En aquellos momentos sentía que las sienes se le dilataban, un sudor frío cubría su frente, y todo su cuerpo se agitaba nerviosamente.

Salió inmediatamente a la calle y corrió hacia la academia de baile, donde tenía la seguridad de encontrar a Shirley, a aquella

mujer que había destruído su vida, convirtiéndolo en un ser despreciable.

Al entrar en la academia fué directamente a la dirección y allí encontró a su mujer en brazos de Tony. Este al ver entrar a Allen exclamó indignado:

—¿Me has preparado una celada?

—¡Vengo en tu busca! —exclamó Allen, dirigiéndose a su esposa. Y, mostrándole el papel donde tenía apuntado todo cuanto había recibido de ella, le dijo:

—Aquí tengo apuntado todo cuanto te debo... Alquiler... comida...

Empezó a echarle billetes y al mismo tiempo iba diciéndole:

—Estoy comprando mi honra... la que tú tiras por ahí...

Le entregó otro puñado de billetes a Tony y le dijo:

—Le devuelvo lo que le dió a ella. Estamos en paz.

Shirley miraba asustada, comprendiendo que algo anormal le ocurría a su marido y éste sacando un revólver le dijo:

—A él ya le pagué... Ahora te pagaré a ti....

—¡Allen! —exclamó presa de un pánico mortal su mujer—. ¡Te juro que seré buena!

—Tú no podrás ser buena nunca! —exclamó Allen disparando sobre ella todo el

cargador de su pistola, hasta asegurarse de que la había matado.

Días después se celebraba la vista de la causa y Allen fué sentenciado a muerte por asesinato premeditado.

Allen al oír la sentencia se levantó del banquillo de acusados y exclamó:

—Es verdad que premedité lo que hice... pero yo no estaba seguro de que podría llegar a realizarlo... quizás por eso aposté en las carreras. Pero no comprendo por qué me matan por eso... Debieron haberme matado cuando estaba viviendo de ella... pero entonces nadie hizo caso de mí... Yo no malgasté el dinero que gané, sino que pagué lo que debía a él y a ella... Lo que hice, lo hice para recobrar la vergüenza... Ya ven que van a matarme sin razón... Si me hubieran matado cuando era un cobarde y un consentidor... les habría dado las gracias. No es justo dejar vivir a un villano y matarlo cuando se ha convertido en un hombre honrado... Siento que me vuelve la fiebre... Las sienes me abrasan... Es Bud... Me espera... Ahora voy... ahora voy, Bud...

Un movimiento convulsivo agitó el cuerpo del ejecutado y el doctor le dijo al estudiante:

—Han pasado los dos segundos... ¿Sabe Dios cuántas cosas habrán pasado por el cerebro de este pobre infeliz?...

FIN

# **EDICIONES BIBLIOTECA FILMS**

---

Pida hoy mismo el nuevo

## **CATÁLOGO ILUSTRADO**

que acaba de aparecer y que reproduce las artísticas portadas de los títulos que con éxito inmenso ha publicado esta Editorial

**PRONTO**

## **CENTENARIO**

**DE**

**EDICIONES BIBLIOTECA FILMS**

**LO INESPERADO - SORPRENDENTE**

---

En Prensa: **CATÁLOGO GENERAL**

---

**DE**

**EDITORIAL "ALAS"** Ap. Correos 707  
BARCELONA

# Selección de Films de Amor



La novela  
predilecta  
de las bellas

P R E C I O  
50 céntimos  
= tomo =



MARAVILLOSA  
ESTUPENDA



S E L E C T A  
E M O C I O N A N T E



Remita el importe  
en sellos de correo  
y cinco céntimos  
para el certificado.  
Franquicia gratis



PERDIDOS A EDITORIAL "RIBAS" - Apartado 707 - Barcelona